

## Teatro

Luis Palamós salió aquella tarde de domingo a la calle con la intención de cruzarse con ella. Llevaba observándola dos semanas, desde que la conoció en la taquilla del Teatro Español. Sabía de sus movimientos al dedillo. Todas las noches la mujer volvía a casa a las diez, excepto los lunes por descanso teatral. La vio detenerse en un portal, hurgar en el bolso y sacar las llaves para introducir una de ellas en la cerradura. La puerta cedió y la mujer desapareció. Palamós colocó un pie entre las dos hojas de la puerta y se coló tras ella, resultaba casi invisible.

Hacía tres semanas que había alquilado una habitación en la planta baja de una corrala en Lavapiés, barrio popular madrileño, donde nadie se queda mucho tiempo. Se había presentado como agente de seguros y la dueña del inmueble le había hecho un contrato por seis meses, pagados por adelantado. La habitación era confortable, con baño incluido. Sólo llevaba un maletín, no precisaba más. Su contenido y el tiempo asignado bastaban para conseguir su objetivo.

Su aspecto pasaba desapercibido: vestía un pantalón estilo chino negro y un plumífero del mismo color; a veces usaba un gorro de lana y, en contadas ocasiones, gafas de sol.

Salía de casa siempre en la misma dirección: se acercaba a la plaza de Santa Ana, bulliciosa, cercada de bares y presidida por el teatro Español, en el que cada año estrena la CNTC, que desde su fundación en mil novecientos ochenta y seis, había ido recuperando obras celebradas y actualizadas de los clásicos; se acomodaba en la Cervecería Alemana, elegante, modernista y siempre amena, y sobre su mesa reposaba una libreta y un bolígrafo bic. Y, desde allí, controlaba sin disimulo la taquilla del teatro.

Allí estaba ella. Se llamaba Julia, llegaba todos los días a las once treintaicinco, salía a las dos para comer y a las cinco regresaba hasta las nueve quince de la noche. Julia mostraba esa edad indefinida en la que las mujeres se estancan: melena rizada, mediana estatura y algo de sobrepeso. Pasaba muchas horas sentada, atendiendo al público.

Llevaba viviendo en Madrid unos años y trabajaba de taquillera en el teatro Español.

Palamós la conoció al ir a sacar una entrada para ver “La Vida es sueño” tres días después de llegar a Madrid. En esta ocasión el personaje de principal

era representado por Blanca Portillo, y a nuestro protagonista le interesaba descubrir los versos de Calderón puestos en boca de una mujer.

Sin saber cómo, entablaron una conversación sobre ciertas peculiaridades del teatro clásico y coincidieron en la irregularidad de ver a una mujer haciendo de Segismundo. Como no había nadie esperando, estuvieron un rato de tertulia. Julia notó, en la mirada de Luis, cierta tristeza, Palamós descubrió, en la sonrisa de la mujer, melancolía.

Desde aquel día, Palamós conocía todos los movimientos de Julia y habían pasado algo más de dos semanas.

Hasta que esa noche de domingo decidió subir con ella en el ascensor. La mujer no se sorprendió al verlo, su cara le resultaba familiar, recordó su charla en la taquilla y le preguntó si la función había sido de su agrado. Palamós le contestó que había sido extraña, más pensando en su sonrisa que en las palabras de Blanca Portillo al volver a prisión:

– “Ay mísera de mí, ay infeliz”.

Palamós siguió hablando de la interpretación de Blanca Portillo hasta llegar a la puerta del apartamento. Julia le miró sin saber qué hacer.

– ¿Te apetece una copa?

– No sé si soy inoportuno, no nos conocemos de nada.

– Vivo sola; en contadas ocasiones, suelo invitar a alguien.

El apartamento era un loft, una pieza que servía de dormitorio, cocina y salón. Muy coqueto y amueblado con gusto...

El lunes Julia no fue al trabajo por descanso, pero tampoco fue el martes ni el miércoles, ni en toda la semana, ni en la siguiente.

Tampoco se volvió a ver a Luis Palamós.

Pasados unos meses, la dueña de la habitación abrió la puerta. Estaba exactamente como él la dejó: unos pantalones y un plumífero negros pendían del perchero; el maletín aguardaba en un rincón; unas zapatillas grises reposaban a los pies de la mesa y sobre esta, un ordenador. Lo encendió, multitud de archivos llenaron la pantalla, abrió uno y empezó a leer:

Título: “Los sueños, sueños son”, primer borrador.

“Paseaban por la playa de los Gigantes bajo los acantilados estáticos de esta sorprendente isla”.

La dueña de la habitación abrió otro archivo.

Título: “¿Qué es la vida?”, segundo borrador.

Antes de apagar el ordenador, la dueña de la habitación abrió el tercer archivo, sólo leyó el título: “El vivir sólo es soñar”, tercer borrador. El cuarto: “Todos sueñan lo que son”. El quinto: “Una sombra de la vida”. Todos eran diferentes, pero los protagonistas...los mismos.

Podía haber abierto más, sabía que los personajes seguían siendo Julia y Luis y las historias infinitas.

En su inesperada marcha, el dramaturgo abandonó su trabajo, pensando más en la vida que en los sueños. Había dejado de soñar y también de escribir.

Han pasado muchos días desde aquella noche de domingo en la que cambiaron sus vidas.

Fue algo mágico por lo inesperado. Momentos irrepetibles, confusos, cálidos, inexplicables se produjeron y desde entonces no se volvieron a separar. Sus vidas estaban unidas por lazos sorprendentes...